

CHILENOS EN MADRID. JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Juana Martínez
Universidad Complutense de Madrid

Al poco de comenzar el siglo XX, la relación de España con la literatura chilena empieza a adquirir visos de normalidad. La presencia de escritores chilenos en distintas editoriales españolas, foros culturales, tertulias literarias, etc., acostumbra al lector medio español y a la crítica especializada a una literatura antes escasamente conocida. Más de una veintena de escritores chilenos, que residen en la Península Ibérica hasta la guerra civil española, contribuyen con su palabra al panorama cultural de estos años; unos estuvieron de paso, otros permanecieron durante algún tiempo, integrándose con distintos grados de intensidad en la vida española.

Aparte de algunas incursiones esporádicas anteriores, es durante la Primera Guerra Mundial cuando muchos artistas e intelectuales se apartan de las zonas en conflicto y eligen Madrid como residencia más segura; es decir, a partir de 1914 empiezan a instalarse en la capital de España algunos de los escritores chilenos que vivirán la vida madrileña de una forma más o menos estable.

Entre los primeros en llegar está Joaquín Edwards Bello. Un joven Edwards Bello había llegado por primera vez a España en julio de 1906, con 19 años. La ciudad de San Sebastián, convertida en refinado núcleo de veraneo por la aristocracia y la alta burguesía española, lo acoge durante sus vacaciones estivales y allí se aloja con su familia y el servicio que les acompañaba en un antiguo palacio habilitado como hotel, en donde había vivido poco antes el rey Alfonso XIII. Esta experiencia veraniega la recordará más tarde como algo "inolvidable" y, al tiempo, inenarrable: "No sabría expresar el encanto de su colorido, de la distinción, de los espectáculos, de las conversaciones, de las españolas y de todo el mundo"¹. En ese reducido

¹ Joaquín Edwards Bello, *Memorias*. Ordenación y prólogo de Alfonso Calderón. Santiago: Eds. Leo, 1983, p. 98.

espacio de la ciudad de provincia puede establecer contacto –junto con sus amigos chilenos, Luis Bustos y Fico Squire– con el mundo de la aristocracia española, que en Madrid no estaría a su alcance, y de la que le sorprende, sobre todo, su talante popular².

Este breve e irrelevante preámbulo vasco no anticipa, sin embargo, lo que serán las futuras estancias en Madrid de Joaquín Edwards Bello, que se caracterizarán por su integración en mundos muy diversos, y diferentes del de San Sebastián, algo que él mismo se ocupa en señalar en varias ocasiones:

Conocí Madrid en sus contrastes, desde el barrio de Salamanca y la Castellana, hasta las plazas de la Cebada y del Cascorro. Sufro no sé por qué cuando evoco sus ruidos y sus olores.[...] Mi cielo de viajes tiene cuatro estrellas mayores. Río de Janeiro, París, Lisboa y Madrid. Suponiendo que las ciudades fueran casas con muchos pisos, aseguro que he vivido en el entresuelo, en el principal y en la buhardilla³.

También se interesa por establecer el carácter personal e individualista de su espíritu viajero, muy distante del de otros de su época, y cómo, en función de esa peculiaridad, él puede concitar experiencias únicas:

No hice jamás lo que otros chilenos: de la casa al consulado, del consulado al Banco, con escasas excepciones, era desagradable experiencia. Sablazos o injurias. Viví en París como francés y en España como español y en Londres como uno de tantos. Siempre individual. Los viajes me veían en multiplicidad de actitudes. Cambiaba de Joaquines con la maestría de un Frégoli⁴.

Con esta actitud integradora vuelve a España de forma intermitente entre 1915 y 1921; entre viaje y viaje a París, visita distintas ciudades españolas, pero es en Madrid donde sus experiencias calan más hondo, pues los distintos ambientes en los que se introduce le llevan a explorar formas de vida desconocidas para él hasta entonces. A medida que se va aclimatando al ambiente madrileño, encuentra otros correligionarios más o menos relevantes del panorama intelectual chileno y español, entre los que discurre su vida cotidiana:

² “las hijas de nobles y de millonarios, con palacios, iban a la playa, sencillas y graciosas, con boinas y alpargatas”. En *Memorias*, ed. cit., p. 99.

³ Joaquín Edwards Bello, *Memorias*, ed. cit., p. 139.

⁴ Joaquín Edwards Bello, *Memorias*, ed. cit., p. 176.

Yo aprendí a ser pobre en Europa. Fui como la devolución a Europa del antepasado emigrante. No me pesa. Madrid es la Meca del lenguaje, por lo menos. Eso del Meridiano intelectual tiene algo de verdad. Entre los compatriotas que en mis tiempos disfrutaban de la vida madrileña recuerdo a Oscar Tagle, personaje de novela, cuya vida hubiera inspirado a Le Sage y a Quevedo, a Aquiles Vergara, a David Bari y a Augusto D'Halmar⁵.

Entre los amigos chilenos se olvida de mencionar a Teresa Wilms Montt, con la que compartió amigos y tertulias nocturnas en distintos cafés madrileños, a Vicente Huidobro, a quien seguramente evita nombrar y a Armando Donoso, que le presentó a Ramón Pérez de Ayala, uno de los escritores españoles más notables. Y además, aunque no disfrutaran de la misma "vida madrileña" que él vivía, en estos primeros años también pudo encontrarse con Emilio Rodríguez Mendoza, que residía en Madrid, y con Francisco Contreras, que la visitaba muy a menudo desde París.

La guerrilla vanguardista madrileña, naciente por entonces, se discutía en varias tertulias literarias, y el ambiente provocador que se respiraba en ellas vino a colmar las inquietudes del primer Edwards. Era el momento en que Rafael Cansinos Assens, convertido en una referencia ineludible entre los nuevos escritores españoles, acababa de bautizar la vanguardia literaria con el nombre de Ultraísmo, y en el Café Colonial, donde presidía una tertulia sabatina, se debatían sus principios.

El propio Cansinos Assens relata aspectos de la vida literaria de Edwards y describe su imagen nocherniega en Madrid. El crítico español lo recuerda la noche que el chileno –"con un grupo de jóvenes americanos, recién venidos de París"– fue a conocerlo expresamente al café donde se reunía con los más jóvenes:

Edwards, que parece el que capitanea el grupo, es un chico simpático, bajito, de grandes ojos negros, lánguidos y cansados, con unas pestañas larguísimas, de vedette, y una elegancia natural que resiste al hongo café con que se cubre, se me presenta como Joaquín Edwards Bello, primo de Huidobro⁶.

La referencia a Huidobro no es casual, ya que, por los mismos días que éste reivindicaba en Madrid su condición de creador del Creacionismo, Edwards, en cambio, lo reclamaba para sí. Él proclamaba ser el verdadero inventor del Creacionismo, contra las pretensiones de su primo que solo era "un mystificateur", opinión que, por

⁵ Joaquín Edwards Bello, *Memorias*, ed. cit., p. 142.

⁶ Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato. 2. 1914-1923*. Madrid: Alianza Editorial, p. 236.

su parte, Cansinos no solo no compartía con él sino que estaba “resueltamente al lado de Huidobro”⁷. Como aval de su talante creador, Edwards iba “ostentando el título flamante de *Président Dada au Chili*, que Tristan Tzara acaba[ba] de expedirle, con un gesto de fina displicencia”⁸. También dejó esparcidos, para ejemplo de su imaginación creativa, algunos poemas bilingües “de una retardora incoherencia” –al decir de Cansinos Assens–, publicados en dos de las más renombradas revistas de la vanguardia española, *Grecia* y *Cervantes*. El crítico español –y es de suponer que algunos elegidos más– era conocedor también de un poemario dadaísta de Edwards, recién publicado en Santiago en 1920, *Metamorfosis*, firmado por un Joaquín convertido en Jacques, que le sugiere más que nada comentarios irónicos. Edwards, por su parte, conocedor del importante lugar que ocupa Cansinos en la crítica española no solo estima en muy alto grado su opinión sino que reconoce en él un “hombre de exquisita sensibilidad y de gran cultura”⁹.

Entre los amigos españoles del chileno figuran personajes muy populares entonces, hoy, bastante olvidados algunos. Él mismo nombra juntos a tres sevillanos residentes en Madrid: el mencionado Cansinos Assens, que está “muchas atmósferas por encima de los otros dos”, Isaacs del Vando Villar, “un modesto escritor” que no le merece mayor consideración como poeta, pero que era director de la revista *Grecia*, donde él publica, y Rafael Lasso de la Vega, amigo inseparable de Edwards Bello. Un poeta que escribía poemas dadaístas en francés, por considerarlo una lengua más poética que el español y que provoca en Edwards cierta actitud risueña por sus pretensiones aristocráticas y porque nunca llega a ver el libro que según Lasso había publicado en París y constituía la prueba de “su calidad de precursor en el creacionismo de vanguardia”¹⁰. Lasso de la Vega, que se consideraba el “Presidente Dadá” en Madrid, admiraba y adulaba a Edwards en lo literario, y en lo personal ejercía de consejero; él, paradójicamente, le sugirió que optase por el camino de la moderación y la sensatez en sus costumbres y en sus relaciones personales, pues consideraba que París, donde vivía de “faire la bombe”, le convertía en un “hiperestésico” y esa actitud no le convenía para integrarse en la vida madrileña.

Como los escritores españoles, Edwards Bello recorre las muchas tertulias literarias que entonces se organizaban en los cafés madrileños y en ellas tiene oportunidad de conocer a los literatos de la época y, al tiempo, de ser conocido por ellos.

⁷ Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato*, ed. cit., p. 235.

⁸ Rafael Cansinos Assens, *Verde y dorado de las letras americanas*. Madrid: Aguilar, col. Crisol, p. 405.

⁹ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas*. Santiago: Imprenta de La Nación, 1924, p. 30.

¹⁰ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas*, ed. cit., p. 30.

En La Granja del Henar conoce a quien considera la figura más popular entre los jóvenes escritores de España, Alfonso Vidal Planas, cuyo carácter aventurero le sorprende tanto como para retratarlo en una crónica¹¹. Pero la personalidad literaria que le parece más interesante es la de Eugenio D'Ors, hombre culto y viajero como él, a quien sigue en las tertulias de distintos cafés, en conferencias en el Ateneo, en la Residencia de Estudiantes, etc. como imantado por su capacidad de transformación y por la exquisitez de su expresión y de su pensamiento¹².

Sus observaciones sobre los escritores españoles quedan como un testimonio vivo y esclarecedor de la época para los estudiosos de la literatura española, pero, más que este ambiente literario, lo que a Edwards fascinaba de forma muy particular era el Madrid que él consideraba de zarzuela, el de ambiente popular; un Madrid que le parecía “áspero y bronco” y en el que sorprendentemente se podía encontrar una peculiar cercanía entre los hombres de letras y el pueblo anónimo¹³. Él mismo vivió esa experiencia cuando conoció a una joven del pueblo y entabló una relación con ella, “una chica honesta, una virginidad impoluta, una azucena, crecida a la sombra de una Iglesia, pues es sobrina de un cura de Carabanchel¹⁴”, según describe Cansinos Assens, quien revela el desenlace de la historia, que no deja de ser una aproximación a la futura novela de Edwards, *El chileno en Madrid*:

La muchacha, para la que Edwards era el primer amor, se le entregó a los primeros asaltos, quedó encinta, el tío descubrió la cosa y la echó de su casa, como era de esperar. Edwards la instaló en su pensión y ahora viven juntos los dos¹⁵.

La impresión que deja este, todavía, joven escritor en el crítico español más reconocido en la época, ofrece la imagen de alguien que solo se ha acercado superficialmente a la sociedad española sin poder ingresar en ella por hallarse perdido “en andanzas exóticas”:

¹¹ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas*, ed. cit., p. 185.

¹² Joaquín Edwards Bello, *Crónicas*, ed. cit., p. 157.

¹³ “Por la Puerta del Sol solían pasar las figuras sensacionales de España; Benavente, solo, de prisa, impelido por el habano; Romero de Torres, en su “pañosa”; Gómez Carrillo, del brazo de Raquel Meller; Antonio de Hoyos, con Zamora; el aviador chileno O’Page...” Ver *Memorias*, ed. cit., pp. 141-143.

Sobre O’Page dice: “En Madrid corrían chiquillos, o golfos, gritando: ¡el chileno, el chileno, el chileno!..., con un molinillo atado de una cuerda. El “chileno” era el juguete, el avión de los chicos”. En *Andando por Madrid*. Selección, ordenación y prólogo de Alfonso Calderón. Santiago: Ed. Andrés Bello, 1969, p. 28.

¹⁴ Barrio popular de las afueras de Madrid.

¹⁵ Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato*, ed. cit., p. 238.

Nuestro amigo es un turista de la vida y el arte, picado de elegantes snobismos; un chico guapo y correcto, que hace resaltar de su figura el britanismo de su apellido –Ese Edwards, no menos ilustre que Bello en la historia de su país–, que se queja de todo y, no obstante, gusta de codearse con tipos pintorescos, se hunde con deleite en el infierno casticista de los barrios bajos y se encasqueta, llenándolo de distinción, es verdad, ese hongo café de nuestros personajes de sainete¹⁶.

Después de una breve estancia en Chile y Brasil, vuelve a encontrarse de nuevo en Madrid en 1922. Durante los meses vividos en Chile había ido mostrando su conocimiento de la mentalidad española en las crónicas que publicaba en Santiago, donde da cuenta de distintas experiencias vividas en Madrid. La primera de las crónicas se abre catalogando de modo abrupto los considerados por él como los “dos grandes defectos de España” –el individualismo y la desconfianza, “fuentes de inhospitalidad”– lo que acarrea como consecuencia inmediata que “el forastero no es querido en España, sea de donde fuere”. Edwards explicita detalladamente las dificultades de integración de un extranjero para concluir: “A España vamos con amor y curiosidad para averiguar el origen nuestro, pero encontramos un museo y una incógnita. Poco participamos en la vida española; no podemos familiarizarnos”¹⁷. Afirmaciones y negaciones que resultan dudosamente atribuibles a su experiencia personal, como puede deducirse del resto de las crónicas y porque los hechos lo contradicen.

El mismo año de su regreso empieza a abrirse camino en el mundo editorial con la edición española de su novela sobre la tragedia del transatlántico Titanic, *La muerte de Vanderbilt*, publicada ya en Santiago. La Editorial Mundo Latino de Madrid presenta a Edwards como narrador a los lectores españoles que no habían tenido ocasión de leer sus primeros cuentos y novelas. El autor del prólogo, fechado en Madrid en Junio de 1922, Augusto D’Halmar, proclama de manera irónica y provocadora su adhesión a lo llamado por él “un patriotismo negativo” que consiste en impedir la libre circulación de las obras y de las personas que vienen de Sudamérica a España. Claro que no se refiere a todas sino a “esos loros que suelen soltársenos del trópico y que, algunos hasta con vistoso plumaje oficial, divulgan periódicamente desde los ateneos su destemplada garrulería”, porque destruyen “la más inteligente labor de hispanoamericanismo” y autorizan a Pío Baroja a hablar del “continente

¹⁶ Rafael Cansinos Assens, *Novelistas de América*, ed. cit., p. 406.

¹⁷ Joaquín Edwards Bello, *Crónicas*, ed. cit., pp. 6 y ss.

estúpido”¹⁸. Frente a “esos loros” y frente a la aseveración de Baroja, D’Halmar coloca a Edwards Bello, que muestra cómo un verdadero americano puede ser cosmopolita, “y que, así como los caballeros de Chile se parecen como dos gotas de agua a los caballeros de Madrid, y creo que de Pekín, así los hombres inteligentes del hemisferio sur no son menos que los hombres inteligentes del norte, y los estúpidos tampoco son más estúpidos”. Y en cuanto a la novela o “esbozo de novela”, como la llama D’Halmar, considera que es una obra de arte, una moneda de auténtico oro. “Es de oro, lector español”, interpela, y en contestación a Baroja termina repitiendo “es de oro, lo mismo aquí que en nuestro continente estúpido”¹⁹.

Aunque esta novela significa la despedida de su juventud vanguardista y rebelde, Edwards continúa su vida literaria en términos similares a su etapa anterior y sigue frecuentando las tertulias literarias de todo signo que ya conocía de antes. En la tertulia de Gómez de la Serna en el Café y Botillería de Pombo, donde había acudido varias veces, Ramón lo recuerda expresamente entre los comensales que asistieron al banquete de despedida del curso de 1922, que se realizó en mayo “en honor de Don Nadie”. En la invitación Ramón aclaraba que Don Nadie “era personaje de toda literatura y, en particular, del diálogo de Gil Vicente “Todo el mundo y nadie” y había sido elegido porque era el personaje que faltaba por homenajear en los habituales banquetes que él acostumbraba a organizar. En el acto, algunos comensales leyeron poemas dedicados a Don Nadie, como ensayo de “amistad pura, la amistad que no espera correspondencia” y el organizador pronunció un discurso ensalzando las cualidades del personaje homenajead. Otros de los asistentes que participaron con Edwards en el banquete fueron, como siempre, figuras relevantes del panorama intelectual y artístico español, Guillermo de Torre, Rafael Calleja, Melchor Fernández Almagro, Pedro Salinas, Mauricio Bacarisse, José Bergamín, Edgar Neville, Bagaría, Zuloaga, Valle Inclán, etc.²⁰

Cuando vuelve a Chile el año siguiente, la vida política española está conmocionada por el golpe de Estado del general Primo de Rivera del 13 de setiembre de 1923, hecho que Edwards no se permite ignorar. Escribe entonces varias

¹⁸ Conocida es la actitud negativa ante el mundo en general de Pío Baroja, a quien, por otro lado, Edwards Bello guardaba un enorme respeto. Véase Joaquín Edwards Bello, “Baroja y América” en *Recuerdos de 1/4 de siglo*, ed. cit., pp. 139 y ss. Y Pío Baroja, “Juventud, egolatría”, en *Obras Completas*, vol. V. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948, p. 213.

¹⁹ Augusto D’Halmar, prólogo a Joaquín Edwards Bello, *La muerte de Vanderbilt*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1922, pp. 7-9.

²⁰ Ramón Gómez de la Serna, *La sagrada cripta de Pombo*. Madrid: Hernando y Galo Sáez, 1924, pp. 349-358.

crónicas que son una muestra del interés y el compromiso del chileno con lo español. En esas fechas, la situación española le parece muy alarmante, igual que el contexto de la política europea, al sumarse peligrosamente el fascismo militarista de Primo de Rivera al de Poincaré en Francia y al de Mussolini en Italia. Él lanza sus votos por el pueblo español, con el que ya empieza a sentirse identificado, pero también expresa la necesidad de que el caso de España no deje indiferentes a los chilenos y les sirva de lección, pues, aunque el Ejército chileno hasta entonces se había mantenido “sin tacha en el respeto de la disciplina y la Constitución”, no era ajeno del todo al “espectáculo deplorable” de la “politiquería, el tétanos nacional”.

Se adhiere particularmente a la causa de los intelectuales españoles que sufren la violencia y el desprecio por parte de la Dictadura. Edwards Bello analiza la situación de aislamiento de los “trabajadores del espíritu” que se ven abocados a trabajar para el extranjero y ve en América una reserva del pensamiento español, frente a los designios de Pío Baroja:

Precisamente yo creo que del Continente Estúpido puede salir la renovación española, basada en esos libros de Pío Baroja, de Unamuno, Noel, Blasco Ibáñez, Araquistain, José Ortega y Gasset, Marcelino Domingo, y tantos otros que aquí queremos bien y que allá caen en el vacío²¹.

Edwards insiste en hacer entender al incisivo Baroja que sus apreciaciones sobre América no afectan a sus sentimientos hacia España y de paso, como también lo había hecho Augusto D'Halmar, aprovecha para lanzar una defensa sobre la realidad cultural de Chile:

Sepa el señor Baroja que esa prosa estridente, y la suya en lugar favorito, es la que lee gran parte de la colonia española de Buenos Aires, Cuba, y también una pequeña élite en Chile. Sepa que esa es la prosa con que nos alimentamos todos los espíritus libres de América, los que rompimos el molde del hidalgo, la leona, las lanzas y todo ese hueco lirismo tradicional. La instrucción obligatoria en nuestro Continente Estúpido hace que aquí haya más público lector que en España; pero, principalmente, hace que nuestra sensibilidad crezca de tal forma que llegamos a sentir el problema español como un problema propio²².

Vuelve a Madrid en 1925, cuando ya ha ingresado en la actividad diplomática, y durante dos años más revive, con mayor intensidad, si cabe, las experiencias

²¹ Joaquín Edwards Bello, “Don Quijote y Sancho” en *Crónicas*, ed. cit. p. 179.

²² *Ibidem*.

habidas anteriormente. En este viaje a la capital de España se incorpora a un territorio ya familiar, no solo porque, desde el punto de vista urbanístico, Edwards conoce a la perfección los distintos barrios de Madrid y sus calles y plazas, los cafés y los restaurantes, sino también porque sus sentidos saben identificar sus olores, sus ruidos²³ y sus sabores característicos; como el sabor del agua, el del constantemente recordado café²⁴, el de los vinos, etc. En fin, Madrid es intensamente revivido paso a paso, y todos los lugares de su itinerario aparecen en sus páginas enumerados como un catálogo de experiencias y sensaciones inolvidables. Con el tiempo dirá, “Cada rincón una emoción”.

En esta permanencia madrileña, Edwards ha madurado y meditado lo suficiente como para ver y vivir Madrid de otra manera. Su idea sobre la capital de España es ahora más profunda, pero, sobre todo, es una idea poética, y sobreviene de un Madrid que Edwards ve como “Un misterio. Una magia, un caso cerebral”. Él hace gala de conocer y entender ese “misterio” mejor que muchos españoles y, desde luego, que muchos americanos. Para penetrar en el secreto de Madrid, Edwards consideraba necesario que se diera la conjunción de tres factores: tradiciones, sentimientos e imaginación. Solo los elegidos que consiguieran reunir estos tres elementos obtendrían el rango distintivo de “neomadrileños”:

Madrid puede asimilar españoles y americanos de todas partes y les da un espíritu de neomadrileños, que consiste en una distinción y gracia inconfundibles²⁵.

Sin duda, para estas fechas Edwards ya había adquirido ese “espíritu de neomadrileño” y vivía perfectamente “asimilado” en Madrid. En el terreno editorial, el camino abierto pocos años antes se ensancha con la publicación de tres libros que introducen a los españoles en distintas cuestiones de índole política y sociológica sobre la realidad chilena y americana en general. En el mismo año de su llegada, los editores madrileños Hernando y Galo Sáez sacan a la luz *El nacionalismo*

²³ “Los pregones de la Puerta del Sol cantan en mis oídos: Toribio, saca la lengua; Para el nene y la nena; Gomas para paraguas; La Ilustre Fregona de Cervantes, por dos pesetas. El horroroso crimen de Peñaranda del Campo. El Gordo, el gordo, señorito sale hoy. Un capicúa, la suerte; vaya regalo, a perra gorda, para notas, para vales...”. En *Memorias*, ed. cit., p. 143.

²⁴ “un café, del que bastaría decir madrileño. La excelente calidad del café proviene, según oí decir, del agua madrileña. Hay de diversas fuentes: de la Teja, de la Alcachofa, del Berro y otras. Soy incapaz de distinguir las diversas clases de agua, pero un español se reiría de mí. Son expertos en agua”. En *Memorias*, ed. cit., p. 142.

²⁵ Joaquín Edwards Bello, *Andando por Madrid y otras páginas*. Selección, ordenación y prólogo de Alfonso Calderón. Santiago: Ed. Andrés Bello, 1969, p. 30.

continental. Crónicas chilenas, que mereció un detenido comentario de Luis Araquistain, uno de los pilares del periodismo de la época y famoso novelista y ensayista político, que también frecuentaba las tertulias literarias a las que asistía Edwards. Un año después los mismos editores publican *Tacna y Arica; Balmaceda-Alessandri. La tierra de Patiño. Cap Polonio*, y Ediciones Auriga, también en Madrid, saca otra recopilación similar con el título *Tacna y Arica; Cap Polonio*. Esta magnífica recepción le lleva a reconocer poco después que su experiencia en Madrid como escritor había sido muy satisfactoria:

Sea como fuere, un escritor –y lo digo por experiencia– encontraba en España amplia acogida y generosidad intelectual. Los escritores como emancipados, eran los más hospitalarios a la manera inglesa, amplia, de hogar²⁶.

Aunque Edwards manifiesta que nunca se preocupó por conocer a los intelectuales madrileños, lo cierto es que frecuentaba los mismos ambientes que ellos y ahora vuelve a las mismas tertulias literarias que en los años anteriores. La política española era un tema de conversación candente, pues la mayoría de los intelectuales declaran sin titubeos su apoyo a la República. En la tertulia de La Granja del Henar, entre otras, los tertulianos –Valle Inclán, Unamuno, Ortega y Gasset, Blasco Ibáñez, Menéndez Pidal, Pérez de Ayala, Azaña, etc.– conspiran ya abiertamente contra la

²⁶ Joaquín Edwards Bello, *Corresponsal de guerra. Crónicas (1923 a 1946)*. Valparaíso: Ediciones Universitarias, p. 76. Pese a lo aquí dicho, Edwards siente en algún momento que la integración del escritor hispanoamericano en Europa entraña grandes dificultades y nunca llega a ser completa. En una conversación mantenida con Juan Uribe Echeverría, Edwards le confiesa sus amargas experiencias como escritor en Europa:

“Usted vio a Baroja en su casa de Madrid. Conversó con él y se retrató en su compañía. Yo no hubiera podido hacer eso. [...] yo no hubiera ido a visitar a Papini tampoco. Ni a Baroja ni a Papini, ni antes a Hegel, ni a Gobineau, ni a Queiroz. Nos miraban muy en menos. No hubiera sabido como presentarme ante ellos. En Europa yo no era escritor. Muchas veces oculté al sudamericano. Nos toman por payasos. [...] Nos tienen por tipos muy divertidos. [...] jamás me hubiera atrevido a presentarme con un manuscrito diciendo: “Aquí estoy. Soy periodista de Chile. Quiero saber como está y qué piensa”. Viví no poco tiempo en España, casi como español. He sido huésped de la Posada del Peine, en Madrid. Al presentarme como sudamericano ante un escritor me hubiera sentido ridículo. [...] En Madrid abunda el “currinche”, o pelmazo, esto es, el escritor incipiente. Por un Darío, un Nervo, un Gómez Carrillo había cien “currinches”. Los escritores hispanoamericanos de Madrid, que Baroja definió como atacados de locura sanguinaria o vanidad de bailarinas, eran muy peleadores. Bonafoux, Fray Candil, Gómez Carrillo, todos bochincheros”. Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de ¼ de siglo*. Santiago: Zig-Zag, 1965, p. 142-143.

monarquía. Las corrientes republicanas se van desarrollando en estos años y preparan el terreno para la proclamación de la República en 1931. Estos mismos intelectuales se reunían también en El Ateneo de Madrid, convertido en baluarte de la República y allí acude también Edwards Bello, donde puede estar muy cerca del futuro presidente Manuel Azaña. Su gran personalidad, pese a tener el defecto de ser “demasiado intelectual”, le resulta muy atractiva, según se deja ver en algunas de sus páginas más memorables²⁷.

Al poco parte hacia su patria, recalando en París, y en 1928 está de nuevo en Chile. Con las experiencias españolas todavía a flor de piel, Edwards Bello recibe en su casa a Ortega y Gasset. Siente por él una admiración especial, pues lo considera un genio: “hombres como él son un rompecabezas para la gente vulgar”. Él reivindica sus vivencias madrileñas, como garantía para poder identificar mejor que otros las peculiaridades de la personalidad del filósofo:

Es preciso haber vivido en Madrid para entender el origen de esa gracia o elegancia que tenían sus palabras, su persona y, de manera exteriorizada, sus escritos.... Era castizo, con andares y con tipo de emperador romano. Esa gracia está en las calles de Madrid como el aire que se respira. Es gracia torera de los barrios con quince siglos de sangre morisca, hebrea, latina y griega...Nadie escribió ni escribirá con la gracia de Ortega²⁸.

La estela de España no acaba ahí, pues en ese año de 1928, Nascimento publica en Santiago su obra más española, la novela *El chileno en Madrid*. Edwards se había llevado con él algo de España, pero en España su presencia no se había extinguido, porque las noticias de su reciente novela llegan de inmediato y es recibida como signo del profundo cambio literario que se opera en su autor. Cansinos opina que “señala su entrada magnífica –si no alegre– en la literatura conmovida y humana,

²⁷ *Ibidem*, pp. 50 y ss.

²⁸ Joaquín Edwards Bello, *Recuerdos de ¼ de siglo*, ed. cit., pp. 136-137. Edwards destacaba de Ortega su carácter enamorado a ultranza del eterno femenino, “gran señor del amor” lo llamaba. Y si Chile deslumbró a Ortega, y Santiago era la Ciudad-Jardín, Edwards Bello considera que la mejor revelación para el filósofo español fue la criolla, “la mujer de intuición”: “Pasó en su corto trayecto chileno obsesionado por la idea de la niña chilena. Se enamoró de una señorita de la ilustre familia Agüero”. Y el propio Ortega dijo: “Lo que más me ha interesado es la niña chilena. Su acento, sus descubrimientos, sus intuiciones, son encantadores. Aquí comprendí a la criolla de Nápoles más que en los libros. Josefina está aquí. La gracia de estas niñas es inefable. [...] Son seres aparte del mundo conocido. ¡Si pudiera escribir como ellas hablan y piensan, haría el libro de la niña chilena, de la criolla de Santiago” – ¿Así nació La chica del Crillón? – Así”, concluye Edwards.

y que está escrita con sustancia de su propia vida y de su propio corazón”²⁹ y no duda en incorporar *El chileno en Madrid* al corpus de, lo que él llama, “novela madrileña”, con reminiscencias del sainete, y cuyo argumento único es “el corazón del pueblo”, y que ya había cultivado antes Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Pérez Galdós, Alberto Insúa, Francisco Camba, etc. Cansinos, crítico independiente y desprejuiciado, modifica ahora la actitud irónica que había mantenido hacia Edwards con anterioridad, mostrando un sincero reconocimiento hacia esta novela cuyo argumento considera “universalmente humano” y situándola entre las que mejor habían sabido arrancar la “viva palpitación” del “corazón del pueblo”.

Aún hoy, la novela no ha perdido interés, no solo por lo que tenga de documento de la época, sino porque con el delicado engranaje de aquellos tres elementos, tradiciones, sentimientos e imaginación, que Edwards consideraba imprescindibles para asimilar lo madrileño, consigue la recreación literaria de un Madrid con imágenes insospechadas, desde la perspectiva muy personal de alguien que no deja de considerarse un extranjero.

En la visión del Madrid de Edwards se funden su percepción mágica o misteriosa de la ciudad con lo que él mismo llamaba los “estudios de costumbres”. El narrador, que nunca pierde su condición de observador externo, está decidido a familiarizar al lector chileno –primer destinatario de la novela– con la realidad española. La exposición de un conjunto muy variado de saberes sobre España, dispersos a lo largo de la novela, culmina al utilizar como final de la misma un texto extraído de un Diccionario Enciclopédico que, sin rigores bibliográficos, certifica la autenticidad de la obra como documento. El anhelo de objetividad informadora que guía al narrador queda por fin al descubierto y, además, su responsabilidad como informante se ve así respaldada por un texto de autoridad.

Producto de esa función de observador e informante son las distintas definiciones de lo que es España y lo español que salpican la narración, y muy especialmente, las de su capital. El narrador, atento a posibles desconocimientos del chileno, explica Madrid desde diferentes ángulos y con una percepción que evoluciona desde el principio, donde se la ve todavía de forma borrosa como “una metrópoli encogida” con “gente apresurada de gran ciudad europea”, para llegar a una comprensión de carácter político y sociológico sobre el papel aglutinante que desempeña dentro de la Península. Entonces, ve Madrid como “el coctel de España” y, con una proyección más amplia y, sin duda, ideologizada, la considera “cabeza algo enmarañada de la inmensidad iberoamericana”; esto le lleva a la conclusión de que Madrid es:

²⁹ Rafael Cansinos Assens, *Verde y dorado de las letras americanas*, ed. cit., p. 407.

la ciudad más armoniosa del mundo. Madrid asimila lo que promete no desentonar; absorbe para modelar; nada revuelto o afilado permite en su seno. En realidad Madrid es la madre de las Españas por su formidable poder centrípeto. Lope de Vega la llamó “famoso ombligo del mundo”. Madrid es eje poderoso, poder receptivo o sol de un vasto sistema planetario³⁰.

Desde otra perspectiva, el narrador señala que Madrid es una ciudad cargada de vitalismo, con una capacidad inusitada para renovarse cada día, “es formidable de energías y tiene millares de aspectos humanos para remudar: la cara ajada se va para que llegue la cara bonita, la redonda cara mañanera como una fruta. Madrid no hace esfuerzos artificiales por la eugenesia: Es muy fuerte Madrid”. A lo que se añade su descubrimiento de que “es una ciudad sensual, de una sensualidad sana, que incorpora vitalidad de la tierra, de sus campos”. Pero advierte de la necesidad de no dejarse engañar por la primera impresión, ya que las diversas facetas de la ciudad no pueden ser descubiertas sino por un ejercicio de paciencia y curiosidad, únicos vehículos que conducirán a horizontes imprevistos:

Madrid, ciudad tan apañadita, en cuyos muros se detiene la ola férvida de la civilización europea, guarda sorpresas. Con sus casas pétreas y uniformes, con sus puertas que tienen desde remotos tiempos los números duplicados y triplicados, da una primera impresión de burguesía y plebeyez, de estancamiento. Sin embargo, poco a poco, el habitante curioso descubre recovecos, encrucijadas, rinconcillos expresivos y espacios abiertos que de noche, con las luces lejanas, parecen enseñadas. Las ideas se ensanchan, la mente se llena de recuerdos de cosa nunca vistas y de esperanzas nuevas³¹.

El narrador mantiene siempre su conciencia de ser ajeno y distinto al medio, pero con la ventaja de ser un fino conocedor de sus resortes más íntimos. Nunca es un turista, sino un viajero avezado y un buen conocedor del terreno que pisa. Las descripciones de algunas calles de Madrid, por ejemplo, hablan de un curioso paseante con tiempo de ocio para echarse a andar y fijarse minuciosamente en el detalle que le rodea: la arquitectura, el clima humano, el color, etc. La función de la mirada aquí es tan importante como la acción de andar: ambas actúan al unísono. Ojos y piernas son los instrumentos de la curiosidad del narrador. Y en sus paseos no solo ve, sino que también entrevé, imagina, inventa; por eso, al lado de las descripciones anteriores,

³⁰ Joaquín Edwards Bello, *El chileno en Madrid*. 2ª edición, Santiago: Ed. Nascimento, 1928, p. 120.

³¹ Joaquín Edwards Bello, *El chileno en Madrid*, ed. cit., p. 187.

existen otras imágenes más íntimas, cuando la palabra, y no la observación, es la verdadera constructora del Madrid del narrador: una ciudad verbal, desintegrada en visiones aisladas producidas por la intuición, que revelan el pasado vanguardista del autor, así como cierto contagio de la greguería de Gómez de la Serna. En virtud de esta creación literaria, el lector descubre que en Madrid “las casas son caracoles que sacan los cuernos al sol y que la más ligera impresión táctil reconcentra” y que un día “las mujeres se habían puesto sus ojos atrevidos”. La calle donde viven los protagonistas sufría transformaciones nocturnas porque “la noche hacía vibrar a la calle Aduana como guitarra”, mientras los enamorados establecían un código secreto pues “los novios descifraban la noche con sus telegrafías misteriosas bajo los balcones”.

En otro orden hay que situar las imágenes de la ciudad que ofrece el protagonista de la novela, Pedro Wallace, un chileno que vuelve a un Madrid vivido en su juventud. Comparte con el narrador su deseo de hacer “estudios de costumbres”³², pero sus paseos por Madrid están orientados sobre todo a la búsqueda de su mujer y su hijo: unas veces sale sin rumbo fijo, otras veces establece un plan ordenado y sistemático que le lleva por itinerarios definidos. En este último caso, Pedro no es un paseante curioso como el narrador, sino el perseguidor acucioso que registra todos los rincones que puedan llevarle hasta las personas que busca. Recorre las calles de Madrid de forma detectivesca y las muestra a través de una lupa que mira e interpreta al mismo tiempo, llegando en muchas ocasiones a un delirio imparable:

Pedro seguía y seguía como un capricho, impulsado por una manía, poniendo en revolución esas callejuelas. Quedaba un reguero de mujeres mirándole alejarse y a cada instante crecía su deseo de andar y andar, de sumirse en otras calles populares, como si cada paso que diera acelerara su motor interno³³.

En los momentos en que pierde la esperanza del encuentro o la urgencia de la búsqueda aminora, el personaje se sosiega, camina lentamente y le gusta “pasarse las horas meditando y mirando”: se convierte en el paseante perdido y sin rumbo, en el *flâneur* que siente el placer de mirar³⁴ sin buscar nada, “experimentaba la dicha de

³² Para realizar tales “estudios”, Edwards decidió apartarse de los ambientes refinados de los barrios elegantes de Madrid, para instalarse entre las clases más castizas y populares, alojándose en pensiones y casas de huéspedes, donde tuvo oportunidad de convivir con el pueblo llano.

³³ Joaquín Edwards Bello, *El chileno en Madrid*, ed. cit., p. 118.

³⁴ Georg Simmel afirma que uno de los signos de la modernidad en las ciudades reside en la importancia de la mirada: “Quien ve sin oír, está mucho más... inquieto que el que oye sin ver. He aquí algo característico para la sociología de la gran ciudad. Las relaciones alternantes

poderse ofrecer con el interés de lo imprevisto, lo mismo que se ofrecían a él los seres y las cosas”. Es decir, exhibe ese comportamiento de los “ausentes de espíritu, perdidos en sus pensamientos o cuidados”, que, para Walter Benjamín, es el que proporciona las “instructivas representaciones de la gran ciudad”³⁵.

En su deambular por Madrid, Pedro aúna el ejercicio físico con el ejercicio intelectual; la acción de caminar se relaciona con los recuerdos de lo vivido en sus años jóvenes, con la atención a lo presente en proceso de cambio y con la imaginación. En última instancia, el paseo aparece como método para una experiencia de la realidad y de relación consigo mismo, según propone Walter Benjamin, y vendría a constituir, en palabras de Miguel Morey, “un *ethos* o ‘vida filosófica’, en la que pensamiento y vida se aúnan en vinculación trabada”³⁶.

En su recorrido madrileño, este Pedro meditabundo se encuentra antes a sí mismo que a la mujer y al hijo que busca y, de forma paralela al lento proceso de adaptación y asimilación a lo madrileño que experimenta, va reconociendo los cambios que se operan en él:

Le gustaba pasarse las horas amodorrado, voluptuosamente mecido en el remolino que formara el encuentro de su pasado con el presente. Sentía con intensidad la crisis producida por el chocar de su espíritu chileno con la vida española ¡Qué agradable era no ser en esa multitud! Los viajes tienen el poder de cambiar el pasado. [...] Estaba transformado como hombre que hiciera pacto con el demonio³⁷.

Durante ese proceso de transformación, de españolización, Pedro comprende la posibilidad real de integración de lo chileno y lo español. Lo que al comienzo de

de los hombres en las grandes ciudades... se distinguen por una preponderancia expresa de la actividad de los ojos sobre la de los oídos”, *Soziologie*, Berlín, 1958, p. 486. Citado por Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo, Iluminaciones, II*. Madrid: Ed. Taurus, 1988, p. 52.

³⁵ Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Ed. cit., p. 87.

³⁶ “Podría decirse que, cuanto menos en la modernidad, el paseo constituye uno de los modelos fundamentales de relación de uno consigo mismo –los ejemplos de Rousseau o Nietzsche, Walser o G. Büchner, Kerouac o Borroughs, entre otros muchos, parecen indicarlo así. En todo caso, no resulta arriesgado afirmar que es un vector fundamental en la obra de Walter Benjamin, y por tanto, la vía de acceso privilegiada a su compleja reflexión. El suyo es el método del Paseante –de quien atiende, ante todo, al pasar de lo que pasa: de quien está y se sabe de paso”. Miguel Morey, “Kantspromenade. Invitación a la lectura de Walter Benjamin” en *Creación. Estética y teoría de las artes*, Dossier Walter Benjamin, Madrid, 1990, p. 95.

³⁷ Joaquín Edwards Bello, *El chileno en Madrid*, ed. cit., pp. 98-99.

la novela se presenta como un contraste entre la actitud del chileno, que se siente atraído por el pueblo llano de Madrid, y la actitud de su amigo español, que no puede encontrarse a gusto en ese medio –el suyo antes de partir a Chile– termina por ser un enfrentamiento de contrarios que produce el distanciamiento entre los dos amigos. La diferencia entre ellos radica en que el chileno se dirige lentamente hacia la integración definitiva con lo que él considera lo más auténtico de la vida española; cuando por fin entiende que cada día se “amarra” un poco más a ella, se manifiesta sin ambages una voluntad clara de sentirse español, lo que acelera su proceso hacia una vida renovada:

buscándola con ansias como a su propio hijo, para juntarse con ella como el agua de un charquito ansiaría juntarse con el arroyo corriente y cristalino, ayudado por la lluvia, pasando a ser, de cosa insignificante, una inmensidad creadora y renovadora³⁸.

Para conseguir su “pasaporte de españolismo”, decide invertir el camino de sus antepasados y ser un “emigrante al revés”, vinculándose en España del mismo modo que aquellos se vincularon en América. Pero la culminación de su anhelo se cumple en su hijo, que es “hijo de chileno, españolizado”, y, aunque nacido en España, se hace llamar chileno. El hijo es el producto genético que había perseguido el padre, pues en él se ensamblan fuertemente las dos naturalezas. Encarna la asimilación perfecta para una vida nueva.

Es posible que Joaquín Edwards Bello se sintiera en algún momento tan chileno y tan español como su personaje, Pedro Wallace, pues España no deja de estar presente a lo largo de su vida. Con esta novela tampoco acaba su escritura sobre el mundo madrileño, pues a partir de 1934 publica algunas crónicas de tema español y en la primavera de 1936 se convierte en cronista de la guerra civil hasta 1938. En estas crónicas vuelca todo su experiencia acumulada en el momento histórico que mejor conoce, la España de la monarquía de Alfonso XIII y la dictadura de Primo de Rivera, para analizar con argumentos agudos y convincentes el proceso que conduce a la instauración de la República, las posibles causas de su fracaso y la situación posterior que desembocará en la guerra civil. Al principio hace pronósticos esperanzadores, guiado por sus deseos de concordia, pero después no puede más que admitir el avance hacia lo inevitable. Cuando la toma de Madrid por el ejército rebelde es solo una hipótesis, se inquieta ante lo que podría ser “una hecatombe”, “una de las mayores tragedias sufridas por esa capital donde tantos chilenos hemos pasado

³⁸ *Ibidem*, p. 241.

momentos de inolvidable cultura”³⁹. Meses después de expresar este temor, la capital de España es tomada y arrasada por los fascistas. El dolor por la destrucción de un Madrid vivido y todavía cercano, le hace aflorar antiguas emociones y le arranca expresiones de una renovada adhesión a la ciudad:

Madrid, Meca de los poetas y soñadores de nuestra América y de España, meridiano intelectual del habla castellana, meridiano del toreo, del teatro grande y chico, del cante y del baile flamenco, la ciudad a donde hemos ido ilusionados, siguiendo la ruta del gran Darío [...].

Era Madrid una de las ciudades de más agradable acogida. No se entregaba tal vez con la prisa de otras ciudades donde el turismo y el comercio crearon un clima falso presidido por las sonrisas del peluquero y el tendero. Madrid iba creciendo en nuestra estima, y podemos asegurar que también con la distancia. [...]

Esa capital, cupular, armoniosa en su diversidad étnica y cromática donde la gente sabía endulzarse en fórmulas verbales, esa urbe snob y plebeya, según el deseo de cada cual para comprenderla, ha sido semidestruida⁴⁰.

A menudo trata de entender el caos de la situación, guiado por su conocimiento directo del comportamiento social de los españoles, pero optando siempre por una posición de neutralidad: “declaro que no tomo partido a uno ni a otro lado”, aunque cuando intenta imaginarse su vida en Madrid en plena guerra se inclina claramente hacia un lado:

A veces medito humanamente en lo que yo sería si estuviera en Madrid. De allá llegué en 1927 y conozco ciertos ambientes. Es muy posible que sería izquierdista, porque frecuentaba gente del Ateneo y de “peñas”. Conocí personalmente a grandes figuras republicanas y solamente dos derechistas. Entre los republicanos Álvarez del Vayo y Luis Araquistain. Este último comentó mi obra *Nacionalismo Continental* en *El Sol*, a tres columnas. Entre los derechistas, Gómez de Baquero y Ramiro de Maeztu. El primero murió; el segundo está preso. Por otra parte, no conocí personas de la nobleza⁴¹.

Edwards se acerca a Madrid desde tres modalidades de la escritura que se interrelacionan y se complementan. Las crónicas, tanto las escritas entre 1922 y 1923, como las que realiza durante la Guerra Civil española, muestran un fino observador y

³⁹ Joaquín Edwards, *Corresponsal de guerra*, ed. cit., p. 82.

⁴⁰ Joaquín Edwards Bello, *Corresponsal de guerra*, ed. cit., pp. 137 y 140.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 102.

analista de la sociedad, un gran conocedor del terreno que describe, comprometido con cuestiones de la actualidad vivida. Su propósito es acercarse lo mejor posible a un Madrid real y verosímil. Sin embargo, en su novela *El chileno en Madrid*, es una ciudad ficcional, donde combina distintas aproximaciones, como se ha visto anteriormente, entre las que persiste un tipo de observador de la realidad, pero aparece también el paseante descuidado, el *flâneur* que deambula por la ciudad y se encuentra con distintos rostros de la realidad y consigo mismo. Esta versión de Madrid, es la de una ciudad vista y entrevista, al mismo tiempo, vivida y soñada, literaria en última instancia, que parte de una imagen que Edwards alcanza a percibir en algún momento de su experiencia madrileña:

Para quienes saben ayudarse a vivir bajo la aureola mágica de la imaginación, era Madrid la ciudad ideal. Impregnada de literatura, descrita por sus cuatro costados en crónicas de toda índole y de toda época, se ofrecía como un perpetuo ensueño y narración. Larra, Mesonero Romanos, Galdós, Baroja, Blasco Ibáñez, Cansinos Assens, Carrere, Répide, Arniches, como en otros siglos Quevedo y Lope de Vega, nos habían dado un Baedeker ideal para soñar a la ciudad más que para vivirla. [...]

Cada calle, cada rincón, eran un verso, un cuplé, un capítulo de Carrere, uno de Répide, una crónica de Gómez de la Serna, un capricho de Goya, una evocación de *La Horda*, una pincelada bestial de Baroja en *La Mala Hierba*⁴².

La última aproximación a Madrid proviene de sus memorias, en las que se interpone siempre el tamiz de la nostalgia. En ellas aparece el Madrid de las crónicas y el de la novela fundidos y modificados por la añoranza, con la conciencia de ser una ciudad ya desaparecida por el paso del tiempo y bajo la dictadura de Franco. En este caso el observador y el *flâneur* dejan paso al filósofo que medita sobre el tiempo y la existencia:

Veo un Madrid que no repetiré, lejano y enfriado como la luna. Lo que llamamos superficial es a veces lo más útil. Lo mejor es lo que tienta, y sin tentación nos morimos de hastío. Espectros de Madrid. Espectros de mi juventud⁴³.

⁴² *Ibidem*, pp. 137 y 140.

⁴³ Joaquín Edwards Bello, *Andando por Madrid y otras páginas*, ed. cit., p. 29.

RESUMEN / ABSTRACT

Esta es la segunda entrega de "Chilenos en Madrid", que se dedica exclusivamente a la figura de Joaquín Edwards Bello, uno de los escritores chilenos que mejor supo aclimatarse a la vida madrileña. En los primeros años de su estancia participó en el surgimiento del vanguardismo español, el Ultraísmo, y vivió muy activamente la vida literaria que se desarrollaba en las tertulias de distintos cafés de Madrid. Mantuvo una muy buena relación con los escritores españoles de la época y con los chilenos residentes en la capital de España, así como con los editores más importantes, que publicaron algunas de sus obras. De vuelta a Chile publicó su obra más española, la novela *El chileno en Madrid*, que tuvo una buena recepción en España y constituye una novela urbana de gran interés. Su conocimiento y dedicación a España culmina en sus crónicas sobre la Guerra Civil española escritas desde Chile.

CHILEANS IN MADRID. JOAQUIN EDWARDS BELLO

This is the second part of Chileans in Madrid. It focuses entirely on the figure of Joaquín Edwards Bello, one of the Chilean writers who adapted best to life in the Spanish capital during the early decades of the 20th century. During his first years in Madrid he became involved in the early avant-garde Ultraist movement, and actively participated in the literary tertulias of several of that city's cafés. He established solid relations with Spanish writers of that time, with Chilean residents in Madrid and with the most important publishers, some of whom undertook the publication of his works. On his return to Chile he published the most Spanish of his books, El chileno en Madrid, and urban novel of great interest that was well received in Spain. His knowledge of and dedication to Spain found its highest expression in the chronicles on the Spanish Civil War he wrote in his native country.